

COLECCION USTED LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA BIBLIOTECA

Los Grandes Films

cuyos titulos son los siguientes:

Los Hijos de Nadie. — El triunfo de la mujer. — El prisionero de Zenda. El joven Medardus. — Los enemigos de la mujer. — Una mujer de París. El Corsario. Para toda la vida. — Cyrano de Bergerac. — De mujer a mujer. — La Hermana Blanca. — El milagro de los lobos. — ¡¡París!! — Venganza de mujer

Precio de cada libro: UNA PESETA

Teresa de Ubervilles. — Maciste, Emperador. — Lirio entre espinas. — El que recibe el bofetón. — Rómula. — Janice Meredith. — El Fantasma de la Opera. — El trono vacante. — El Caid. — Madame Sans-Gêne. — América. — Cuando las mujeres aman. — El Capitán Blood.

Precio: 50 CÉNTIMOS

PRÓXIMOS NÚMEROS:

Más fuertes que su amor

(Rodolfo Valentino y Gloria Swanson)

Ella... (del C I E C)

Nobleza baturra

¡ÉXITO GRANDIOSO!

E. VERDAGUER MOREIRA. — TOPETE, 16 — TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 207

25 cénts.



EL PARAÍSO
DE UN ILUSO

POR
DOROTHY DALTON,
CONRAD NAGEL, etc.
Filmoteca
de Catalunya

DE MILLE, Carl B.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 207

El paraíso de un iluso

(FOOL'S PARADISE, 1921)
Comedia dramática.

interpretada por los siguientes artistas:

Dorothy Dalton,	en el rôle de	<i>Paulina Patch</i>
Mildred Harris,	> >	<i>Rosa Duchene</i>
Conrad Nagel,	> >	<i>Arturo Phelps</i>
Theodore Kosloff,	> >	<i>Samuel</i>
Julia Faye,	> >	<i>Princesa</i>
John Davidson,	> >	<i>Principe</i>

Paramount Pictures Corporation

EXCLUSIVA DE
SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
MAGDE KENNEDY



El paraíso de un iluso

Argumento de la película

Era El Paso, un pueblo de la frontera mejicana, al que acudía mucha gente, llevada del afán de enriquecerse con el descubrimiento de yacimientos de petróleo, muy abundantes en aquella comarca.

Arturo Phelps, un ex soldado de la gran guerra, con la vista estropeada por la metralla y su dinero perdido en desgraciadas investigaciones petrolíferas, paseaba su tristeza de fracasado por las animadas calles de la población.

En aquel pueblo, en el cual, de la noche a la mañana, se veía al limpia-botas andar en *auto* de lujo, y al barrendero con las manos enjuagadas de brillantes, Arturo Phelps tenía que vivir en una cabaña, agostando su juventud en trabajos improductivos. ¡Descubrir petróleo! ¡He ahí el gran problema!... Pero Arturo, habiendo comprado varios campos con la esperanza de que surgiera de ellos el suspirado manantial, veía pasar los meses sin que la ilusión se convirtiera en realidad. Y, cerca de él, triunfaban otros hombres a quienes la fortuna favorecía, miserables que, de pronto, veían inundadas sus tierras de petróleo y cambiaban su pobreza anterior por las gloriosas comodidades de los millonarios.

Unos hombres pegaban un cartel en una pared. Phelps, vagando por las calles, aburrido y solitario, acercóse y leyó el anuncio. Palideciendo visiblemente, preguntó con voz emocionada:

—¿Esta bailarina que viene al Paso, es la verdadera Rosa Duchene? ¿La de París?...

—La misma.

Rosa Duchene! la admirable francesa, la bellísima mujer cuyo recuerdo constituía en él una obsesión. Fué en tiempo de guerra en un hospital de Francia. Arturo convalecía de una grave herida en los ojos. Rosa visitó el hospital, prodigando sus flores y sus ternuras a aquella legión de héroes.

Pero cuando el muchacho se acercó a la bailarina, ya ésta había repartido sus regalos. Y Arturo, que era poeta, sintiéndose repentinamente audaz, rogó a la Duchene le dejara como recuerdo su pañuelo de encaje. Ella se lo entregó sonriente al propio tiempo que ponía en su mejilla la caricia de un beso... Desde entonces, el recuerdo de Rosa era la imagen, el ídolo de su vida. Todos sus versos, todos sus poemas, iban dedicados a la famosa artista con la que departió unos minutos, y su misma habitación aparecía llena de retratos y bustos de la célebre mujer. En el fracaso de su propio vivir, viendo como otros se enriquecían y él continuaba en la mayor escasez, el recuerdo de Rosa, la bailarina aclamada por tantos públicos, era una poderosa ayuda para su voluntad. ¡Y ahora la Duchene debutaría en El Paso y él podría escuchar su voz y contemplar de nuevo sus divinos ojos azules! ¿No parecía esto una novela? Volvió a su casa, sintiéndose repentinamente feliz.

En El Paso no podía faltar la cantina y casa de juego, refugio de contrabandistas y fugitivos. Era su dueño, Samuel, un hombre que no acostumbraba repetir sus órdenes. Estaba enamorado de Paulina Patch, una de las bailarinas del establecimiento, carácter indómito e independiente, el ídolo, la mujer que ilusionaba a los parroquianos.

Paulina hallábase coqueteando aquella noche con uno de los parroquianos que le mostraba con cierta malicia las moneditas de plata ganadas en el juego. Samuel, observando la asiduidad de la bailarina, esgrimió un puñal y lo lanzó furiosamente contra el abanico que la joven apoyaba en la pared. El arma vino a clavarse a unos centímetros escasos de Paulina.



...el ídolo, la mujer que ilusionaba a los parroquianos.

—Cuidado con tus flores—dijo el dueño—. Ya sabes que no quiero que se las regales a nadie más que a mí.

Ella, arrancando el puñal miró a Samuel con gesto despectivo, y el parroquiano, hombre miedoso y enemigo de pendencias, abandonó prudentemente el local.

Paulina era una hermosa mujer, una belleza morena y sensual, toda pasión y fuego. Pero nadie podía dominarla. Señora de su voluntad, no toleraba que la gobernasen. Ofrecía marcado contraste con las otras bailarinas del establecimiento, criaturas débiles y esclavizadas por la tiranía de la necesidad.

Paulina vió entrar en la cantina a un hombre



Ella, arrancando el puñal, miró a Samuel con gesto despectivo.

con el rostro manchado por todos los vicios, acompañado de una muchacha ingenua que temblaba escuchando las palabras falaces del seductor. La bailarina no pudo reprimir un gesto de repugnancia al verlos entrar en una habitación.

—¿Qué hace aquí ese hombre con esa muchacha?
—preguntó a Samuel.

—No te metas en lo que no te importa.

—Me importa más de lo que tú crees. Voy a evitar que esa joven vaya camino de la perdición.

Y penetró audazmente en la salita, apartando a la ingenua de su conquistador.

—Márchate, chiquilla—le dijo—, vete antes de que sea tarde...

—Tengo miedo...

—En dos saltos puedes estar al otro lado de la frontera... Y cuidado con detenerte a cortar margaritas...

Abrió la ventana y ayudó a saltar a la joven. El seductor estaba furioso. Llegó Samuel, dispuesto a castigar la audacia de la bailarina. ¿Qué se había creído Paulina?... Se dispuso a caer sobre ella con toda la brutalidad del hombre que siente heridos sus intereses. Pero Paulina, hábil y lista, saltó a su vez por la ventana.

—No lograrás cogerme... Ya te dije que yo no toleraría ciertas cosas...

—Vuelve aquí... te lo ordeno...

Asomó las manos por la ventana y Paulina dejó caer la persiana magullando los dedos de Samuel. Este dió un grito de rabia:

—¡Pronto!... ¡A ella!... ¡La quiero aquí en seguida!—exclamó dirigiéndose a sus hombres.

Pero ya Paulina corría a campo traviesa, perdiéndose en la obscuridad de la noche.

* * *

Arturo, que de regreso a su cabaña pensaba en la llegada de la Duchene, se vió sorprendido por la presencia de una mujer que entraba sin pedir permiso.

—¿Quién es usted?—preguntó con extrañeza.

—Siento entrar aquí—respondió la mujer—, pero la noche está como para pescar una pulmonía. Me llamo Paulina Patch... y he tenido que huir de la cantina de Samuel.

Y le contó su existencia de bailarina y la persecución de que era objeto. Ahora mismo, varios hombres seguían su rastro. Desorientada había entrado allí en demanda de hospitalidad. El joven no pudo reprimir un gesto de disgusto ante esa criatura que venía a turbar sus ensueños. Pero accedió a que se ocultara en la cabaña.

Paulina, mujer educada en el ambiente equivoco de la cantina, comenzó a investigar cuanto había en el cuarto de Arturo, contempló los bustos y retratos de la Duchene, y ante un manuscrito de poesías dedicadas a Rosa soltó una carcajada, mezcla de ironía y de curiosidad.

—¡Caramba!... ¿Es usted poeta?

—Yo creo que sí, pero parece que los editores no son de la misma opinión—respondió Arturo mostrándole una carta que explicaba la devolución de sus versos.

La joven comenzaba a sentirse interesada por ese artista solitario. Tenía Arturo un aire tan bondadoso, tan suave... Y en todas partes, Paulina veía retratos de la Duchene.

—Me parece que está usted enamorado de esa francesita...—exclamó riendo.

El no contestó. ¿Cuándo se marcharía esa aventurera?... Paulina fumó un cigarrillo y tranquilamente echó el humo sobre los ojos delicados de su protector. Esa coquetería irritó la vista estropeada de Arturo.

—¿Qué tiene usted, le daña?...

—Me estropeé los ojos durante la guerra...

—Perdone... amigo mío...

Un rumor de pasos llegó a la cabaña. Eran los hombres de Samuel que olfateaban el rastro de la indomable bailadora. Un ligero temblor agitó el alma de la muchacha.

—No permita usted que me lleven otra vez a la cantina—suplicó.

Hablaba con tristeza, con el miedo que le inspiraban los propósitos de Samuel.

—Descuide... Yo la protejo — respondió Arturo, lleno de compasión por aquella joven de vida peligrosa.

Y azuzó a su perro, su único compañero de soledad, abriéndole la puerta de la cabaña. El noble animal lanzóse sobre los hombres que perseguían a Paulina. En un momento éstos huyeron asombrados por el recibimiento poco afectuoso del can.

Un profundo agradecimiento se dibujó en los labios de Paulina.

—Es usted muy distinto de los hombres que yo he conocido hasta ahora...

—Gracias...

—Tengo miedo de salir ahora... Si no tiene inconveniente, me quedaré aquí hasta mañana por la mañana.

—Quédese usted—respondió Phelps con indiferencia.

Y le cedió su habitación. Cenaron juntos. En el alma de Paulina, el amor surgía con la violencia de un temperamento meridional. Contemplando a Arturo sintióse enamorada de él... Y extremó sus ternuras, sus insinuaciones de amor... Pero él seguía mirándola friamente, sin que le interesara esa bailadora de la cantina. No tenía otro pensamiento que Rosa... Ella lo comprendió así y le quitó el pañuelo de encaje que llevaba bordado el nombre

de la francesa. Con gesto de desafío lo guardó en el escote de su blusa.

¡Pobre Paulina! La presencia de aquel hombre que se había portado tan bien con ella, la seducía, pero al propio tiempo le molestaba su carácter reservado y frío. Para Arturo nada significaba aquella débil mujer. Pensaba en la tarde siguiente que le traería la presencia de Rosa.

Cuando amaneció el nuevo día, Paulina estaba firmemente decidida a no volver a la cantina de Samuel y profundamente enamorada de Arturo Phelps. Pero como éste siguiera tratándola con dureza, como algo molesto y accidental, ella vióse en la necesidad de abandonar la cabaña.

Pero, temerosa de volver al lado de Samuel, consiguió una colocación en el despacho de tabacos de una fonda. Su belleza atraía a los parroquianos. Aquella misma tarde, Samuel, que no se resignaba a perder la compañía de la bailarina, la visitó en su nuevo empleo.

—Me has herido la mano y el corazón; pero te perdono si vuelves a mi cantina.

—No...

Entró Arturo, y acercándose a Paulina suplicó con aire severo y digno:

—Si no le molesta, le agradecería que me devolviese usted el pañuelo que encontré anoche en mi cabaña.

Ella le contempló con altivez, sintiéndose herida por los celos. Pero Samuel, arrancando el pañuelo del bolsillo de Paulina, lo devolvió a Arturo con una fría sonrisa.

—Es de la Duchene—explicó la joven, burlonamente—. Arturo está enamorado de ella.—Y continuó, dirigiéndose a Phelps: —Es posible que yo no sea capaz de bailar tan bien como esa francesa,

pero no pierdo la esperanza de que, algún día, coma usted lo que mis manos guisen...

Sonrió Arturo con piedad. ¡Pobre mujer!... Samuel reía... ¡Oh! ¡Las genialidades de esa Paulina!... ¡Fierecilla indomable!...

La bailadora tuvo una maligna idea. En el mostrador había una caja de cigarrillos, rociados de pólvora, que al encenderse producían un susto mayúsculo. Sonriente entregó uno a Arturo y le dijo:

—Fume un cigarro en recuerdo mío... Yo se lo regalo...

—Gracias... querida amiga...—respondió Arturo—. Y guardándose el puro, abandonó la fonda, mientras Samuel y Paulina celebraban la ocurrencia. Acordaron luego ir juntos aquella noche al Teatro donde debutaba la Duchene. En cuanto a volver a la cantina, era cuestión de pensarlo...



Arturo Phelps esperaba ante la puerta de un hotel de El Paso la llegada de la artista francesa. Ella se apeó del automóvil y el muchacho, trémulo de emoción, se acercó a la mujer que adoraba.

—¿No se acuerda de mí, señorita?—dijo mostrándole el pañuelo de encaje.

Ella le miró distraída. No atinaba... En su vida azarosa existían tantos hombres, tantas aventuras. Pero el pañuelo con su nombre bordado le recordó la escena del hospital, y exclamó con forzado júbilo:

—¡Si es el soldadito aquel que me robó mi mejor pañuelo!...

—Rosa... Si usted supiera...

—¡Oh, sí, sí!—contestó la muchacha con el gesto de protección de una hermana mayor—. Lo recuer-

do todo... Toma esta rosa, en lugar de la flor que no pude darte entonces, en aquel hospital de mi patria...

Hablaba distraída, sin el menor interés. Entró en el hotel. Arturo quiso acompañarla, pero salió una especie de carcelero insolente, el secretario de la artista, obligándole a volver atrás. ¡Paciencia! ¡La vería por la noche en el teatro!



—Toma esta rosa, en lugar de la flor que no pude darte entonces, en el hospital de mi patria...

Arturo era feliz. Guardó la flor en su bolsillo. Y acordándose del cigarro que le había regalado Paulina, lo encendió con el aire del hombre que está contento de vivir. Dió algunas chupadas y, de pronto, una violenta explosión vino a herir sus ojos, produciéndole un daño terrible, como si le pincharan

con un estilete. Le pareció que algo se obscurecía a su alrededor y las cosas se cubrieran de velos negros... ¡Maldita Paulina!... ¡Había querido vengarse de él! ¡Odiosa mujer que de tan vil manera pagaba su protección de aquella noche! ¡Aventurera que volvía con el hombre que la explotaba!... Poco después le pareció que se disipaban las sombras y se dirigió al teatro.

Todo el pueblo se había congregado en el amplio local. Paulina, con la esperanza de vencer a su rival, gastó hasta su último centavo en un vestido nuevo y ocupó un palco con Samuel. Arturo, sintiendo en sus ojos agudos pinchazos, ocupó su butaca con el anhelo de aplaudir a la encantadora francesa.

Comenzó la fantasía coreográfica, anunciada con el título de "El Paraíso de un Iluso" o "La Reina de las Nieves". Era la historia eterna y vulgar de dos pobres enamorados que ven turbada la tranquilidad de su amor. Una princesa deslumbrante enloquece con sus caricias al inocente jovencuelo y lo lleva a sus reinos de nieve, en una alfombra mágica. Es el iluso deslumbrado por un paraíso de luz y de riqueza y que moriría bajo los brazos crueles de la caprichosa mujer si la verdadera novia, la humilde y linda enamorada, no le salvase a tiempo... Y los dos, libres de la pesadilla de aquel amor envenenado, regresan al verdadero hogar, donde la nieve es fundida por el calor de una pasión honrada.

Paulina seguía con gran interés la farsa... Le parecía que ésta tenía ciertas analogías con su caso... También ella era vencida en su amor por la arrogante princesa de la leyenda...

Con profunda atención, Arturo contemplaba el arte soberano de la Duchene... Pero debía restre-

garse con frecuencia los ojos, heridos por el fogonazo de la pólvora.

—Los ojos de tu amigo parecen deslumbrados por la belleza de esa muñeca francesa—observó Samuel.

Un odio feroz iluminó a Paulina. ¡Hubiera querido matar a los dos!...

Terminada la representación, fué reclamada a



Paulina, con la esperanza de vencer a su rival, gastó hasta su último centavo en un vestido nuevo y ocupó un palco con Samuel.

escena la presencia de Rosa.

—Mis pies os han expresado mi agradecimiento más elocuentemente que podría hacerlo mi voz. Gracias... muchas gracias...

Comenzó el desfile del público, que comentaba el

triumfo. Arturo sintióse repentinamente envuelto en sombras, cortinas negras, profundas... No veía.

—¿Han apagado las luces?—preguntó.

—¿Pero está usted ciego? ;Pues no hay poca iluminación!—respondió un caballero.

—No veo nada... nada.

Levantóse, se tambaleaba. Paulina, extrañada por la actitud de Arturo, se acercó y le dijo:

—¿Qué le pasa? ;Quiere que le acompañe?... Soy yo... Paulina.

—;No vuelvas a acercarte a mí!—rugió el ciego—. ;Sería capaz de matarte!...

Ella le volvió la espalda con desdén y alejóse acompañada de Samuel. No adivinaba que su protector de una noche estaba ciego y que, su broma, inocente al parecer, era la causa de ello.

El muchacho, desesperado, regresó a su cabaña, y allí, sin otra compañía que su perro, lloró el dolor de sus ojos sin flúido...

Al siguiente día, Arturo, sirviéndole de lazari-
llo el fiel animal, estuvo en la fonda a buscar trabajo.

Paulina, que se hallaba en el mostrador de tabacos (no se había decidido a volver al lado de Samuel), lanzó una siniestra carcajada al ver pasar al joven.

—Creo que perdió la vista de tanto mirar a la francesa.

Los clientes celebraron la broma innoble. Entretanto, el pobre Arturo suplicaba humildemente trabajo. Pero nadie le quería. ;Qué servicio puede prestar un hombre privado de luz?

Paulina, al evocar el nombre de la Duchene, sintió crecer su odio contra la rival...

—Traedme la alfombra sucia—dijo—e imitaré a

la francesa si no me tiráis las bolas de billar a la cabeza como si fueran copos de nieve...

Y balló grotescamente, imitando el arte delicado de la Duchene... Luego exclamó, remedando a la otra:

—Mi lengua no puede expresaros mi agradecimiento tan elocuentemente como mis pies. Adiós, amado público... muchas gracias.

Los aplausos resonaron unánimes... Arturo, al escuchar estas palabras, creyendo que Rosa se hallaba allí, lanzó un grito que tenía algo de sollozo:

—; ;Rosa!!

Todos enmudecieron, sorprendidos por esta voz. El ciego se acercó:

—Te escucho, pero no puedo verte. ;Dónde estás, Rosa Duchene?

Un mal pensamiento cruzó por la imaginación de Paulina. Y contestó a Arturo, con cierta ironía, como si fuera la francesa:

—He venido a visitar los pozos de petróleo, pero he encontrado al soldadito que me dedicó un libro de versos.

La emoción impedía a Arturo recordar la voz de Paulina. Y contestó, suplicante:

—¿Quieres escucharme un momento... a solas?

—Ven... apóyate en mí.

Seguiría la farsa. Entraron en una habitación. Ante la puerta se agruparon los clientes, contentos de presenciar aquella comedia.

El pobre ciego, ignorando la burla de que era objeto, continuó:

—Aunque no puedo contemplarte, no puedes hacerme idea del placer que siento al estrechar tu mano... He vuelto a quedarme ciego, y creo que ahora es para siempre.

—;Pobre Arturo!—dijo ella, casi conmovida, cre-

yendo que su desgracia obedecía a causas distintas y ajenas a la broma del cigarro.

—Rosa, no quiero separarme de ti sin saber si me quieres o no... Tu cariño sería para mí como una transición entre la luz y la obscuridad.

¡Rosa! ¡Siempre ella! Y respondió Paulina sin entusiasmo:

—¿Por qué no he de quererte?

El ciego regresó a su casa, con una profunda tristeza en su corazón. No, Rosa no le quería. Lo conoció en su voz, ¡pobre ciego sin amor de nadie! ¡Ah! ¡Paulina maldita!

* * *

La verdadera Rosa Duchene había continuado su excursión por otras poblaciones de la comarca, sin acordarse más del soldadito que le había ofrecido su corazón. ¿Ella, que tuvo tantos amores de gente principal, iba a hacer caso de un infeliz?...

Arturo se disponía a morir. ¡Era un desdichado! Tenía el revólver sobre la mesa. Escribió una carta de despedida: "Mi soledad es tan triste, que no se la deseo ni a mi perro." Acarició los retratos de la Duchene y tomó el arma... Una voz detuvo sus propósitos:

—¿Das permiso a tu amiga Rosa Duchene para entrar en tu casita?

Era Paulina Patch que, compadecida por la situación de Arturo, acudía a consolarle, prosiguiendo la farsa iniciada el día anterior.

—¿Tú aquí?—dijo el muchacho con júbilo.

—Al terminar mi actuación en El Paso, lo primero que he pensado es venir a verte, porque sabía que estabas solo.

Paulina vió el revólver y la carta... ¡Pobre Arturo!

—Vamos a comer juntos—le dijo.

Transcurrió la comida alegremente. Le parecía al joven que había vuelto a la vida.

—¡Oh, Rosa! ¡Qué buena eres!

¡Siempre Rosa! ¡Siempre Rosa!... Pero Paulina acallaba la voz de su corazón para hacer una obra de caridad. Le brindó un cigarro.

—Fué uno de esos cigarros el que me dejó ciego



Transcurrió la velada alegremente. Le parecía al joven que había vuelto a la vida.

—exclamó Arturo.

La sorpresa contrajo las facciones de Paulina.

—¿Es posible?...

—Sí... Una muchacha loca me dió un cigarro cargado de pólvora, y su estúpida broma me costó la vista.

Un verdadero sollozo llenó el alma de Paulina. ¡Oh, ella no era mala, estaba dominada por el ambiente, pero en el fondo vivía puro su corazón! ¡Y había sido ella, ella con su ocurrencia criminal la que cegó al infeliz!

—Sería capaz de dar mi propia vida para devolverte la vista.

—¡Qué diferencia entre tú y la otra!... Rosa, quiero que sepas lo que tú has sido siempre para mí. Hasta mis poemas me los has inspirado tú...

Y sus manos tantearon la mesa, buscando un manuscrito de versos. ¡Pobre Arturo!... ¡Oh! Ella tenía el deber de cuidarle, de reparar la falta cometida. ¿Cómo iba a creer que una broma, al parecer inocente, tuviera tan hondas consecuencias?

—¿Te considerarías feliz, a pesar de tu ceguera, si te dijese que te quiero y estoy dispuesta a quedarme contigo para siempre?

—¿Pero serías capaz de casarte con un pobre ciego como yo?

—Te quiero, Arturo, te adoro... Yo lo seré todo para ti...

Y el ciego sintió cerca de él el tibio calor del cuerpo de la amada, y creyó en el amor.

Y se casaron. Y de esta manera comenzó el engaño más grande que jamás mujer alguna ha ideado; cuando Arturo, creyendo que se casaba con la mujer a quien quería, se casó con la mujer a quien odiaba. Pero la luz del sol, negada a sus ojos, entró por lo menos en su corazón.

Ella dejó su empleo. En vano Samuel le propuso reiteradas veces que volviera a la cantina. Pero ella quería dedicar su vida al hombre víctima de su capricho.

Paulina guisaba mal. Sus manos no se habían dedicado hasta entonces a menesteres de cocina.

—Solamente un cariño como el tuyo puede tolerar mis guisos... Pero pronto cambiará la cosa. He pedido un libro de cocina y lo espero hoy.

Llamaron a la puerta y Paulina fué a abrir. Era Samuel. Traía dos paquetes para Arturo. Ella le miró con aire de desprecio.

—El amor nos ha trastornado a los dos—le dijo en voz baja Samuel—. Tú te has convertido en lavandera por mantener a tu marido ciego, y yo me he convertido en cartero para no dejar de verte.

Arturo se acercó.

—¿Quién está ahí, Rosa?

—Es el cartero—respondió la mujer, dándole los dos paquetes postales.

Samuel contempló con rabia al marido e hizo ademán de hablarle. Pero ella, con voz débil, le advirtió:

—Si algún día le dices quién soy, será lo último que digas en tu vida.

—Cuando te canses de sostener el engaño en que vives, recuerda que aun existe mi cantina—dijo Samuel, alejándose.

Cuando Paulina volvió al comedor encontró a su marido que contemplaba su manuscrito de poemas, devuelto.

—¡Otro editor que me devuelve las poesías! ¡Soy un fracasado que vive a expensas de la fama de su esposa! ¡No puedo permitir que esta situación se prolongue por más tiempo!

Ella vió un gesto tan triste, tan doloroso en la cara de Arturo, que ideó una nueva mentira... Vivía en plena farsa, siempre engañado. ¿Pero no era esto la felicidad?

—Te equivocas—exclamó queriendo animarle—: el editor ha aceptado tus poemas.

—¡Oh! ¿Dónde dice esto? Lee... ¿Dónde? Lee...

Paulina leyó para sí la carta del editor. Le devolvía los poemas porque estaban faltos de inspiración. Pero disfrazó el escrito...

—Escucha... escucha... *Muy señor nuestro...*

—Anda, no te pares...

—...Evidentemente, su carta anterior se ha debido perder en el correo. De consiguiente, nos tomamos la libertad de publicar sus poemas... y esperamos que la encuadernación sea de su agrado...

—¡Oh, qué feliz me siento, Rosa! ¿Y el libro... el libro... será ese otro paquete?

Era, efectivamente, un libro, pero el libro de cocina que ella había pedido para aprender a guisar. Las lágrimas bañaban los ojos de Paulina.

—Sí... tu libro... tu libro de poesías. ¡Qué bonito!

El ciego estrechaba contra sí aquel volumen que creía era su alma, su corazón. Lo abrió al azar, pasó sus manos temblorosas por las páginas, y dijo:

—¿Qué poema es éste? Lee... lee, Rosa.

—Espera.

Y cogió el manuscrito, y como si leyera sobre el libro impreso, ella recitó:

*El día en que yo muera, espero, Rosa mía,
que tus pies de alabastro trenzarán una danza...
sobre la losa de mi tumba fría...*

Lloraban los dos, saboreando el ciego la alegría de ver reproducido su poema, y ella el dolor de la piadosa mentira...

El engaño continuó por mucho tiempo... Paulina había ocultado todos los retratos de la Duchene que adornaban la cabaña. ¡Oh! ¡Cómo odiaba a aquella mujer, cuyo nombre ella usurpaba!

Un día, en un periódico, leyó una noticia que le heló las venas. Iba a llegar a El Paso el famoso

doctor Sanders, cuyas operaciones devolvían la vista a los ciegos. Sintió horror. Si Arturo recobrabla la luz, se daría cuenta del engaño... y acaso la matase. Y ella perdería su felicidad, su amor, porque amaba con todo su corazón a Arturo. No, no mejor era callar; que continuara su ceguera...

Arturo acariciaba constantemente el libro de cocina donde creía estaban sus poemas... Paulina se acercó, sosteniendo aún la lucha en su interior. ¿Tenía o no derecho a impedir que volviera la luz a sus ojos?

—¿Te acuerdas, Rosa, del "Paraíso del Iluso"? ¿Cómo me inspirabas en aquella danza!... Me sentía el ser más feliz de la creación.

Ella se reclinó junto al esposo.

—Si Paulina pudiese darse cuenta del paraíso de felicidad que me robó, sería capaz de dar su propia vida para devolvérmelo. ¿No lo crees tú así, Rosa?

El nombre de Paulina, su nombre, pronunciado por Arturo la estremeció. "Sería capaz de dar su propia vida"... Y acaso el médico, el sabio, podría devolver la vista al desgraciado. ¡Oh! ¿Por qué vacilaba? ¿Qué importaba ella, su felicidad, comparada con la alegría de Arturo al ver la luz?... Y habló, con un sacrificio ignorado:

—Parece milagroso, Arturo... Pero acabo de leer en este periódico que en El Paso hay un doctor que hace ver a los ciegos...

—Rosa... Rosa... ¡Iremos a verle! Piensa en lo feliz que sería si pudiese volver a contemplarte...

—Lo creo—contestó ella con voz moribunda.

Y unos días después, las manos hábiles del gran cirujano realizaron la operación. Paulina sufrió horas terribles, como si el tiempo se hubiera detenido para ella. ¿Qué iba a ocurrir allí? ¿Qué diría

Arturo cuando viese el engaño... cuando se diera cuenta de que Rosa no existía y que Paulina había tomado su puesto?

—¡Oh, Dios de bondad!—exclamaba la infeliz—. ¡Si recobra la vista, no permitas que me aborrezca!

No quiso permanecer junto a su marido cuando quitaron a éste las vendas y gozó del encanto de la luz. Permaneció en la cabaña, esperando el te-



—Lo creo—contestó ella con voz moribunda.

rrible momento de la verdad. Era a media tarde cuando llegó Arturo, feliz por haber recobrado la vista, con la felicidad de poseerlo todo... Le había extrañado que Rosa no estuviera en la clínica. Supuso le esperaría en casa, en el viejo nido que vió su horas de amor.

Pero... la primera persona que vió en el hogar

fué... Paulina, la odiada mujer, responsable de su desgracia. ¿Qué hacía allí? La miró con antipatía, con horror... Viendo el gesto triste de la joven, creyó que había venido para pedirle perdón. Y quiso ser generoso.

—Hoy puedo perdonarte, Paulina, porque mi ceguera me trajo a mi esposa.

Ella no contestó. Cabizbaja, tenía una actitud de mártir.

—¡Rosa! ¡Rosa!—gritó Arturo.

¿Dónde estaba aquella santa mujer? Fué a su dormitorio, a la cocina...

—Paulina, ¿sabes dónde está mi mujer?—interrogó a la ex bailarina.

Ella levantó sus dulces y negros ojos que le habían brindado el amor.

—Tu esposa está aquí—respondió—. Mírala... Soy yo...

Arturo retrocedió, bajo el peso de una sospecha terrible.

—¿Tú?

—Lo hice porque te quiero, Arturo. Tú no quieres a esa francesa presumida que no ha vuelto a acordarse de ti. Me quieres a mí, ¡a tu mujer!

—¡Oh! ¡Me has engañado! ¡Te has burlado de mí!

Había envejecido. En un instante toda su felicidad se venía abajo. Había estado bajo el imperio de una farsa, y era la mujer que él odiaba, la que usurpaba el dulce recuerdo de Rosa. ¡Ah! ¡Criminal! Su vista tropezó con un libro, su libro de poemas; lo miró y vió su título: "Arte de cocinar".

—¡Y estos son mis poemas!—lamentóse con aire trágico—. ¡Y has gozado cebándote en mi desgracia! ¡Y yo que te creía la Duchene! ¡Ay, mi Rosa!

¿Dónde están sus retratos, sus bustos? ¿Te los has quedado, ladrona?

Quería pegarla, ahogarla entre sus férreos brazos. Ella le miraba sin defenderse, reconociendo su responsabilidad.

Irrumpió en la habitación un nutrido grupo de hombres que vitorearon a Arturo.

—¡El pozo del Gato Negro, junto a tus terrenos, da una cifra fantástica de barriles diarios! ¡Tus terrenos valen un millón de dólares! ¡Ya has hecho tu fortuna!

Pero se marcharon viendo el aire melancólico del vencedor. ¡La fortuna, el dinero! ¡Bonitas cosas! ¡Oh! ¡Si Rosa hubiera sido verdaderamente Rosa! ¡En un solo día, la luz, la riqueza, la contemplación de la mujer amada!... Y ahora el engaño, la inicua traición.

—No me costará mucho—rugió—hacer que se declare que nuestro matrimonio fué nulo. ¡Se trató de un engaño!... No esperes volver a verme más... Voy a buscar a Rosa, aunque tenga que recorrer el mundo entero.

Paulina suplicaba. Todo lo había hecho en expiación de su culpa. Cuando le dió el cigarro cargado de pólvora no pensaba en las graves consecuencias de su acción. Y había dedicado su vida a cuidarle, desvelándose y trabajando por él.

—No me abandones, Arturo. Soy buena... seré para tí la mujer humilde... Ten piedad.

Pero Arturo la rechazó brutalmente, diciendo:

—Apártate, mujerzuela... te odio... Sólo quiero a Rosa, a mi Rosa...

Salió de la cabaña. Y Paulina quedó unos minutos como muerta... Poco a poco fué reaccionando y volvió a surgir en ella la antigua mujer indoma-

ble que gobernaba a los hombres a su capricho. El perro la contemplaba con ojos tristes.

—Vale más que te vayas con él—dijo riendo—; no vaya a cambiarte por algún falderillo francés.

Y luego, furiosa de celos, exclamó:

—¡Qué tonta he sido! ¡He hecho de fregona y de cocinera por él, he sido su esclava y todo para que al fin se marche con la otra!

Y le pareció reflejarse en el espejo la figura de Samuel, hablándole burlonamente:

—Ya te dije que algún día regresarías a la cantina.

Enloquecida de desesperación, viendo que de nada había servido su sacrificio y tendría que volver a su antigua vida, prendió fuego a la cabaña. Contempló riendo su obra destructora. Así, que no quedara nada... nada... sólo cenizas de aquel maldito hogar... Y huyó, siniestra y cruel, como si sembrara la muerte...

*
*
*

Allende el azul turquesa de los mares orientales, a considerable distancia de los pozos de petróleo, la Duchene se había detenido en su triunfal marcha alrededor del mundo, con el fin de estudiar las danzas clásicas del Siam. El Príncipe Talat-Noi, cuyo corazón se había enredado entre las trenzas doradas de la Duchene, ofrecía a la bailarina francesa la hospitalidad de su palacio.

En Oriente como en Occidente, los celos son siempre iguales; no ofrecen cuartel al enemigo. El odio que se reflejaba en los ojos de almendra de la Princesa, lo demostraba bien claramente. Las preferencias, las asiduidades que Talat-Noi tenía por

la europea, alborotaban el joven corazón de la esposa.

Arturo Phelps, millonario gracias al descubrimiento de los terrenos petrolíferos, enterado de que la Duchene se hallaba en Siam, estuvo a visitarla, después de haber recorrido medio mundo en busca de su ídolo de amor.

La sorpresa de Rosa fué indescriptible al ver en tan exóticas tierras al muchacho americano.

—No me he olvidado nunca del soldadito que un día se guardó mi pañuelo—le dijo—. Príncipe, le presento a un amigo de América, Arturo...

Los dos hombres se saludaron con cierta frialdad, adivinando que ambos pretendían las gracias de Rosa. Pero Arturo deseaba hablar a solas con su adorada para contarle la historia más extraña que jamás un hombre ha contado a una mujer. Ella accedió con cierta curiosidad.

Y Arturo en el jardín del palacio explicó la aventura vivida, la usurpación del nombre, todo el engaño... La Duchene le escuchaba con la ligera atención que causa una buena novela... Después, el muchacho leyó sus poemas dedicados a la bailarina y recitó con devoción de pobre artista fracasado:

*El día que yo muera, espero, Rosa mía,
que tus pies de alabastro trenzarán una danza
sobre la losa de mi tumba fría...*

Ella lanzó una gran carcajada... burlesca, sarcástica... Arturo siguió leyendo sus versos, pero Rosa no prestaba atención. Prefería jugar con un mono, cuyas gracias celebraba. Viéndose desdeñado, el joven cerró los libros.

—¿No continúas?—le preguntó.

—No. Estoy un poco fatigado...

Pero sentía en su alma un profundo dolor ante la indiferencia de Rosa. ¡Oh! ¡Qué poco le inte-

resaban sus cosas a esa danzarina internacional!

Aquella noche, invitados por el Príncipe, estuvieron en el templo donde deberían celebrarse sacrificios vivientes en honor de los cocodrilos sagrados. La embarcación deslizábase por las tinieblas misteriosas de la noche oriental. Llegaron al recóndito lugar donde se celebraban los bárbaros cultos primitivos. Rosa sentóse en medio de los dos rivales... Comenzó la fiesta. Algunas danzarinas poblaron la estancia de sus viejos ritmos de amor y de guerra... Todo era suntuoso, todo era magnífico en el templo...

Abajo, en una gran laguna fétida, hallábanse los cocodrilos sagrados que esperaban el regalo de la carne. Iba a comenzar el sacrificio... Un sacerdote, llevando entre sus manos un blanco corderillo que balaba tristemente, fué a echarlo a la sima donde esperaban los reptiles...

Arturo protestó contra aquella brutalidad.

—¿Por qué te sorprende que sacrifiquemos un cordero a los sagrados reptiles, si vosotros sacrificáis diariamente toda clase de animales para saciar vuestro apetito?—exclamó Talat-Noi.

Pero Arturo, en el mismo instante en que iba a ser sacrificado el cordero, se apoderó del tierno animal pretendiendo librarle de aquella muerte estúpida. Los sacerdotes, los fanáticos, hubieran asesinado al joven, si el Príncipe no les contuviera.

—Por consideración a esta dama—dijo lentamente—no te castigo, pero te mando que abandones el templo que tan osadamente has profanado.

—Sí, me marcho... no podría tolerar esas cosas. Y tú, me quedas, ¿te quedas?

La Duchene le miró. ¿Por qué había provocado aquel inútil conflicto?

El Príncipe le indicó:

—Reina de la danza, tu elección será decisiva. ¿Te vas con él o te quedas con nosotros?

—¡Elegiré al que recoja mi guante!—exclamó, llevada de un repentino capricho.

Y tiró su guante al abismo, donde estaban los cocodrilos. El Príncipe no vaciló y se dirigió a arrebatar aquella prenda de las propias garras de los inmundos reptiles. Rosa, sonriente, contempló desdenosa a Arturo, que la miraba con horror.

—¿Esta es la idea que tienes del amor?—dijo el joven—. ¿Exponer a un hombre a la muerte sólo por satisfacer un capricho?

Talat-Noi había logrado apoderarse del guante, pero al emprender la ascensión, uno de los reptiles cayó sobre él, mordiéndole con sus enormes fauces triangulares. Arturo, viendo en peligro a su rival, tiróse a la sima, armado de una larga espada. El cocodrilo quiso lanzarse contra el intruso y Arturo descargó sobre la cabeza del monstruo un formidable golpe. Pero la espada se quebró, partida por la resistencia del animal. Había logrado, sin embargo, apartar a la fiera, y pudo recoger el cuerpo del Príncipe.

Subieron los dos hombres, rendidos por la desigual lucha. La Princesa se acercó llorando a enjugar la sangre de su esposo. Rosa, que había presenciado con cierta emoción el espectáculo, como si se hallara en un circo, dijo a Arturo con falsa ternura:

—Has estado admirable, soldadito mío.

—El Príncipe es quien tiene derecho a tu admiración. El ha recogido tu guante—exclamó Phelps, apartándose de la mujer.

Ella le miró burlesca y se encaminó hacia donde estaba Talat-Noi. Y Arturo, comprendiendo su error, viendo que había perdido el paraíso de su hogar

para correr tras una aventura quimérica, huyó del templo, dispuesto a regresar a América. ¡Rosa Duchene! Una loca presumida. ¡Una mujer sin corazón!... Y en cambio, la otra... Pobre víctima... ¡Podría ser todavía feliz!

También el Príncipe había comprendido a tiempo el egoísmo de aquella mujer, y cuando ella le dijo:



El cocodrilo quiso lanzarse contra el intruso y Arturo descargó sobre la cabeza del monstruo un formidable golpe.

—Has estado admirable, Príncipe heroico. Tú me has inspirado el amor más sublime. le atajó con estas palabras:

—Me figuro que este episodio te proporcionará

materiał para interpretarlo con tus pies y poder seguir bailando con el corazón de otros ilusos...

Y dando la mano a la Princesa de los ojos de almendra, se alejó, seguido de los sacerdotes.

Rosa quedó un momento pensativa, y luego exclamó con voz risueña y tranquila:

—¡Bah! El Príncipe tiene razón. Voy a hacer sensación en París con la danza de la dama del guante.



En El Paso, Paulina había vuelto a la cantina de Samuel. Acababa de ser anulado su matrimonio con Arturo. Samuel insistía en casarse con ella y aquella tarde le había mostrado un traje de bodas, que Paulina rechazó.

Arturo Phelps entró en la cantina, dirigiéndose hacia la mujer que le había cuidado. La bailarina retrocedió, pálida por la sorpresa.

—Paulina, he dado la vuelta al mundo para venir a decirte lo necio que fui. ¿Quieres volver a mi lado?

Nunca. Su recuerdo había muerto en ella para siempre.

Cuando le brindó el amor, no quiso aceptarlo y ahora llegaba el momento de su venganza.

—Apártate, Arturo. Todo acabó.

—Paulina—repetía él tembloroso—, por primera vez en mi vida ha entrado la luz en mi corazón...

—Es inútil que supliques—dijo—. Samuel, lo he pensado mejor, me pondré tu traje de boda.

Ahora veía suplicante y rendido al hombre que la despreció. Pero llegaba demasiado tarde. Sa-

muel acercóse a Arturo y le dió diez segundos para abandonar el local. Pero ¿qué le importaban a Arturo las amenazas? ¡Quería a Paulina, nada más!

—¡Márchate!—exclamó Paulina—. Te matará si no te vas...

Samuel contaba siniestramente los diez segundos, y sus manos acariciaban un puñal. Terminó el plazo. Una hoja de acero brilló en el aire como una ráfaga de luz. Y vino a clavarse en el pecho... de Paulina. La mujer, en el momento del peligro, comprendió que a pesar de su odio amaba todavía a Arturo. Y amparó con su cuerpo el de él.

Samuel acercóse horrorizado y pudo oír de labios de la mujer herida estas palabras que le dejaron sin esperanza:

—Le quiero, Samuel, le quiero.

Y el dueño de la cantina alejóse tristemente, viendo perdida a la indomable mujer, cuyos besos ya le parecían suyos...



Y algún tiempo después renació la calma, y ya convaleciente Paulina, pudo gozar con Arturo las delicias de un verdadero paraíso de amor.

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

Próximo número EXTRAORDINARIO
SÁBADO, 27 DE MARZO

La sensacional novela:

LA LEY OLVIDADA

Emocionante asunto. — Intérpretes principales:
MILTON SILLS, CLEO RIDGELY, JACK
MULHALL, ALEC B. FRANCIS.

Postal-fotografía-regalo:

Nigel Barrie

Precio excepcional: 50 CÉNTIMOS.
64 págs. Portada bicolor. Numerosas fotografías.

Recomendamos la adquisición de tan importante
novela - ¡Lo más grande! - ¡Lo más sublime!

SÁBADO, DÍA 27 DEL CORRIENTE

LOS GRANDES FILMS

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

han publicado recientemente tres
grandes asuntos:

El Capitán Blood

Más fuertes que su amor

y **ELLA...**

A estos éxitos seguirá el de

Nobleza baturra

Esmerada presentación. - Sea usted coleccionista
de *LOS GRANDES FILMS*